

RECUERDOS DE LUIS ENRIQUE DELANO

CAMILO JOSE CELA Y SU CONEXION CHILENA

A los 20 años, el escritor español, Premio Nobel 1989, conoció a Gabriela y a Neruda

El escritor español Camilo José Cella (quien prefiere, tal vez, ser identificado como "gallego"), Premio Nobel de 1989, estuvo dos veces en Chile, fue compañero de estudios y amigo de Luis Enrique Delano y publicó sus primeros versos, por mediación de Delano, en una revista argentina.

Su primera visita fue en 1963, vino al Primer Congreso de Periodistas de Chile, rodeado de un aroma franquista que lo asió, en cierto modo, del mundo literario nacional. La revista *Visión* le atribuyó la calidad de censor del régimen de Franco, acusación que, por orgullo, no quiso desmentir para a que desde la publicación de su novela *La colmena* había pasado de censor a... censurado.

Regresó en 1969, participó en el Congreso de Escritores de Concepción (y no de Viña del Mar, como dice Jorge Edwards) y fue finalmente acogido por Neruda, que abismaba de sus escañeros en las relaciones entre escritores.

Relatando el libro de memorias de Luis Enrique Delano, *Sobre todo Madrid*, nos enteramos que había conocido a Neruda en 1935 ó 1936, en vísperas de la guerra civil española, en la que Cella participó combatiendo por el lado de los franquistas.

Quince años más tarde (1951), publicó *La colmena*, cuadro abigarrado y sombrío de Madrid bajo el régimen que en alguna medida contribuyera a instalar.

A partir de 1969, Cella reanuda su vieja amistad con Delano. Incluso fue a visitarlo a Estocolmo, donde el chileno fue embajador en los años del gobierno de Allende, y después del golpe militar se encontró con él durante su exilio mexicano.

En *Sobre todo Madrid*, Luis Enrique Delano evoca así su amistad juvenil con Cella:

"Ente la Universidad tenía ahora por lo menos un par de amigos. Uno era nicaragüense, Luis Ibarra, poeta y músico, y el otro, un joven español de 20 años, alto, delgado, guapo, según sus propias palabras, rubio, de ojos nórdicos, que le venía de su madre inglesa, y ganó muy agudo. Se llamaba Camilo José Cella y asistía a los cursos de literatura española que teníamos entonces con Ovejero y Salinas. Nos sentábamos en el mismo banco y después de las clases, volvíamos conversando hacia Madrid.

Un día me mostró unos poemas que había reunido en un cuaderno bajo el título *Pisando la divina luz del día*, un verso de Calderón de la Barca. No me parecieron ni buenos ni malos, y tam-



Cella, el autor conocido

co lo que se llama prometedores. Cella de versos que allí no había para cosa que un entusiasmo de muchacho y que Cella no sería sino "un joven transitorio de pluma", según la expresión posterior nerudiana. Así se equivoca uno.

Un día, Cella me contó con mucha antipatía: "Acabo de comprar la casa a un litro."

—¿Sí, hombre? ¿Y por qué?

—Imagínate. Salí de mi casa y en el barrio en cada puerta había una crieta cantando *Marinero*. Desesperado me dije: a una mujer no se le puede pagar, pero el primer hombre que oiga cantando *Marinero*, le pongo la casa. Llego a la Puerta del Sol y un tipo me mira y se pone a tararear: "Ay, Marinero, Marinero, maravilla de mujer...". No pude resistir y le di un golpe. Marudo lo, chico. Por suerte acortó a subirme a un tranvía y salir bien.

Pedro Salinas, que nos estaba pasando a Azorín, nos repartió trabajos sobre el autor de los pueblos. Yo elegí algo sobre su estilo, que desarrolló como pude en media docena de páginas. Cella pidió encargarse del tema que Salinas consideraba el más complicado: el problema del tiempo en Azorín. Llegado el día, cada uno leyó su creación. Cuando le tocó el turno a Cella, oímos que iba a desenvolver un largo manuscrito, pero lo vimos salir dos folios del bolsillo y leer luego algo sumamente difícil de entender, algo muy breve y complejo, que terminaba con arrogancia: "Y conste que no pretendo con esto que la historia se repita". Pedro Salinas no dijo nada, pero juraría que estaba tan desconcertado como nosotros.

Le presenté a Cella a Gabriela Mistral (en esa entonces, conde de Chile en Madrid, N. de la R.) y a Ismael Cabezas.

—Chico, si pudieras hacernos un soneto —dijo Cella.

—No hay inconveniente —respondió el primo—. Tienes una cara bastante plástica. Mi tarifa es de 20 mil pesetas.

Un día estábamos en la Universidad, cuando vimos llegar a Neruda y Gabriela Lorea.

—¿Qué vendrán a hacer? —me preguntó.

Me había olvidado de que Pablo iba a dar un recital a los estudiantes. Luego lo presenté con palabras llenas de admiración y los muchachos escucharon con respeto a ambos poetas. Pablo recitando era entonces más monótono, más pausado, menos enfático y su declamación tenía algo de sermón, algo monacal.

—Preséntame a Neruda —me pidió Cella.

Se lo presenté. Camilo José anda en deseos de publicar sus versos, pero, como suele ocurrir a los jóvenes que aún no han trabajado relaciones en el mundo literario, no tenían dónde ni a través de quién hacerlo. Se me ocurrió recomendarle que se los enviara a un poeta argentino, Marcos Senguer, quien publicaba una revista en la ciudad de La Plata, y así lo hizo. Los primeros escritos de Cella no se publicaron, pues, en España, sino en Argentina. Pero todas estas cosas las ha contado muy bien Camilo José Cella en el prólogo de la primera edición de *La familia de Pascual Duarte*, su famosa novela.

J. M. V.

Camilo José Cela y su conexión chilena [artículo] J. M. V.

Libros y documentos

AUTORÍA

J. M. V.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Camilo José Cela y su conexión chilena [artículo] J. M. V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile